

1

Los estertores del franquismo (1974-1975)

Corren tiempos inciertos. Sixto Cámara no sabe qué pasa. No consigue dormir, se siente incómodo, intranquilo. Hace tiempo que sopla en el país un aire de cambio social que choca de bruces con el inmovilismo oficial. Entonces «La Capilla Sixtina» se convierte en una ficción literaria para anunciar el año tenso que se avecina.

1974

Está Madrid nervioso. Yo vivo en Madrid. Yo estoy nervioso. No tengo el culo a gusto en ningún asiento. Ni los pies en ningún lugar. Cambio de sillas. Cambio de calles. Me dejo los chatos de vino sin acabar. Tiro los cigarrillos a medio consumir. Cuando me guiso un arroz, lo dejo medio crudo. Empano la carne sin huevo. Sólo miro una de las dos pantorrillas de las señoras que caminan ante mí.

Y no sabría decir si es por lo que ha pasado o por lo que puede pasar. Es algo menos delimitable. Es como ese estado en el que te deja un olor. Un ruido. O tal vez no oler ni oír lo esperado. Es como si sobre esta ciudad hubieran colocado una campana de cristal y todos estuviéramos haciendo un experimento para probar algo que no sé qué es. A veces sospecho que se trata de un misterioso proceso de transustanciación, y que cuando todo acabe yo seré un cactus del parque del Oeste; Marco Antonio Alfonso, una pulga vestida mexicana; Encarna, un zepelín conservado en el Museo del Hombre, de Avignon...

Bajo al piso de Encarna. Recorro todos sus asientos. Alterno el «sí» y el «no» para dar respuesta a sus preguntas. Me voy. Vuelvo.

—¿Y qué le pasa a usted?

—No estoy a gusto.

—Pues váyase a otra parte.

—Tampoco estaré a gusto.

—Pues muérase.

—Es lo peor que puede pasarme.

Y me voy porque Encarna también está nerviosa, aunque ella no quiera reconocerlo. Y está nervioso el cura Aguirre cuando me lo encuentro, de pronto, en la glorieta de Quevedo. El cura Aguirre me dice que hoy llevo muy mal el disfraz de Sixto Cámara.

—Llevas la corbata centrada, y eso no te va. Además, no te veo ninguna mancha en el jersey. No eres el que eras.

—Es que estoy nervioso.

—Otro dato. Sixto Cámara no puede estar nervioso.

—A ver si se va usted a saber el personaje mejor que yo.

—Hoy no pareces Sixto Cámara. Hoy pareces Eduardo Chamorro.

Estaba metomentodo el cura. Así es que le dije que me iba a leer un poco de Walter Benjamin y un poco de Cioran, por partes iguales, y le dejé plantado mientras él seguía contemplando críticamente el comportamiento del ser humano. Yo me metí en la taberna más propicia que encontré. Observé rápidamente que la ensaladilla tenía remolacha, y me apunté. Ya es un milagro que los tasqueros de la ciudad conserven la imaginación suficiente como para meter remolacha en la ensaladilla.

—Menos mal que mete usted remolacha en la ensaladilla.

—¿Es que no le gusta?

—Sí, mucho.

—Es que si no le gusta, con no comerla ya está. Connmigo cumple marchándose.

—Me gusta.

—Mejor para usted.

—Y para usted.

—A mí, olvídeme.

Y se puso a limpiar vasos con velocidad de electrodoméstico. Yo estaba sulfúrico, pero me contuve. Me tomé dos raciones de ensaladilla con remolacha. Aquello me calmó. Desde el estómago subió al cerebro la llamada de la reflexión. «¿Por qué estás nervioso, Sixto?» Y una voz profunda, que venía de los pliegues más sensibles de mi conciencia, me respondía: «Se vive solamente una vez». Paseé las calles dispuesto a aceptar que cada paso era necesario, y hablaba connmigo mismo, en voz alta, para delicia de mis compañeros de andadura, que se sonreían o hacían señas.

—Lo que me enerva es que nada depende de mí. Que me han dejado en una situación tal, que he de esperar a que me den el plato histórico, como los mendigos esperan la sopa boba.

—¿Está usted enfermo, señor? —me ha preguntado un anciano de los de antes de las elecciones municipales de 1973.

—No. Es que me quejo.

—¿De qué se queja usted?

—Del año que se nos viene encima.

SIXTO CÁMARA

Triunfo, «La Capilla Sixtina», 12 de enero de 1974, p. 17

• • •

Empieza el año con la confirmación de una pésima noticia. Salvador Puig Antich y Heinz Chez, condenados a muerte por un tribunal militar en Barcelona, no son indultados pese a las protestas internacionales. Vázquez Montalbán responde con un hermoso alegato contra la pena de muerte en el que ni se cita a los condenados ni falta que hace. En el texto, una racionalidad escéptica y unas gotas de cansancio.

LA PENA DE MUERTE

Es un tema que ya no debiera hacer gastar papel a nadie en tiempos de escasez de papel como los presentes, ni gastar ideas en tiempos tan necesitados de ideas nuevas, ni gastar pasión en tiempos donde las pasiones andan tan alicaídas como aquellos calcetines demasiado anchos o demasiado blandos para las estrechas piernas de los escolares anteriores al invento del nylon.

Milenios de conquista de la razón avalan la comprensión racional de lo que es eficaz y lo que no lo es para la mejora de las condiciones de realización individual y colectiva de la especie. Matar es un pecado para el creyente religioso. Matar es una monstruosidad para el materialista que concibe que sólo se vive una vez. Y, desde otra perspectiva, desde la del siempre observador del proceso de los hombres y las cosas, se des-

cubre que ni siquiera matar al que ha matado arregla nada sustancial en lo que ha ocurrido. Hay que repetirlo, aunque suene a reiteración: quitar la vida al que ha matado no devuelve la vida de la víctima.

La razón que guía la Política con mayúscula no siempre coincide con la razón del peatón de la historia. El papel de «lo ejemplar» puede argumentarse cuando se justifica la pena de muerte como un recurso disuasorio, en la línea de «la letra con sangre entra». Nos enfrentamos ante la sorprendente contradicción de señoras y señores que han asumido la monstruosidad de que a los niños se les pegue con una palmeta en la punta de los dedos y, en cambio, no han reflexionado sobre lo inútil de condenar a muerte a un semejante y ajusticiarle como si se tratara del acto final de engranaje de profilaxis histórica.

Desde que existe la sociedad organizada, la pena de muerte ha cumplido uno de los más inútiles papeles que norma humana alguna haya cumplido. La humanidad ha progresado a caballo de las escasas generosidades que ha conseguido, no a caballo del recelo o la mutilación contra sí misma. La pena de muerte sigue ahí como un uso y abuso no replanteado suficientemente, no como una necesidad que nos legó el pasado para que podamos alcanzar el futuro. No necesitamos matar a nadie para saber lo que está bien y lo que está mal, para ser mejores o peores, para luchar más o menos por lo que creemos justo.

Gran parte de los pueblos inteligentes y sin miedo de sí mismos han borrado la pena de muerte de su presente y de su futuro, un sano primer paso para borrarla incluso de su memoria, como se ha borrado la antropofagia en sus formas más cruentas. Ha sido una oportuna medida, como la que toman los diabéticos cuando no incluyen el pan en la cesta de la compra. Lo que hace daño más vale no tenerlo al alcance de la mano, y la posibilidad de matar a otro hace daño, nos hace daño como comunidad civilizada, nos pone en entredicho como punto final de una evolución progresiva de la capacidad de comprender.

Creo que sería interesante que nos planteáramos nacionalmente el tema, incluso más allá de cualquier incidente coyuntural que nos lo suscite. Necesitamos concienciarnos de la inutilidad de una medida que de vez en cuando nos tienta como un factor gratuito de división y distracción. Verdes y amarillos, altos y bajos, gordos y flacos, aperturistas y de los otros, ¿no podemos coincidir siquiera en la necesidad de borrar para siempre la pena de muerte como tentadora herramienta de discusión?

En el siglo xx ni siquiera los que quieren conservar una hegemonía

fraudulenta sobre la sociedad necesitan la quijada de burro con la que Caín mató a Abel. La capacidad defensiva del poder se vale de afinadísimos utillajes como para precisar todavía la torpeza operativa del garrote vil.

Si preguntáramos uno por uno a los españoles si están por la pena de muerte, recibiríamos la sabia respuesta mayoritaria de un «no» decidido. Porque nuestras gentes, las gentes a secas, de cualquier punto cardinal, saben que el ajusticiamiento es de alguna manera una mutilación que a todos nos afecta.

Como si no hubiéramos sido capaces de sobrevivir sin asustarnos con la imagen de un semejante asfixiado.

SIXTO CÁMARA

Triunfo, «La Capilla Sixtina», 26 de enero de 1974, p. 25

• • •

Vázquez Montalbán recupera el pseudónimo Luis Dávila para relatar cómo los clubes de fútbol de la liga española —todos, no sólo el Barça— necesitan la figura de Johan Cruyff para llenar los estadios. Analiza la reverencia que el futbolista despierta en todas las aficiones, y no le falta ironía para señalar al jugador holandés como el segundo mejor hombre de negocios del mundo.

EL CRUYFFISMO

A pesar de las promesas tan sabrosas implícitas en el discurso del excelentísimo señor ministro de Información y Turismo, el país sigue pendiente de un solo tema, que no es el del aperturismo. El tema nacional es: Cruyff. Días antes del partido Barcelona-Español se supo que el defensa central españolista De Felipe había recibido anónimos escritos y telefónicos, que, más o menos, decían lo siguiente: «Como lesiones a Cruyff, peligra tu vida y la de tus hijos».

Ni en los tiempos de Kubala, Di Stéfano y Wilkes se había llegado a este extremo. Setenta mil socios del F. C. Barcelona, casi cien mil seguidores barcelonistas de cada domingo, dos millones de partidarios del

Barça en Cataluña y resto de España, sienten por Cruyff una veneración protectora que no inspiraban Kubala o Di Stéfano. Cruyff es como un patrimonio colectivo de aspecto frágil que hay que degustar y proteger al mismo tiempo.

Ésta es la relación «público-Cruyff» en el área barcelonista, pero el resto de España tampoco se ha desentendido del joven holandés. Kubala y Di Stéfano admiraban, pero irritaban. Daban una imagen consistente de gatos con experiencia, dispuestos a devolver codo por codo, punterazo por punterazo. Cruyff, en cambio, parece un muchacho recién salido de un conjunto musical, que juega casi con la guitarra a cuestas, que no ha matado una mosca en su vida y con un instinto nato de agente de relaciones públicas de sí mismo.

Al acabar el partido Barcelona-Español, Cruyff y De Felipe se unieron en un deportivo abrazo. Es un detalle, Cruyff ha sembrado aplausos en el campo del Español para actuaciones futuras, o en cualquier caso, su abrazo a De Felipe paralizará en el futuro más de un grito, más de un silbido.

Si el público está de un «cruyffismo» subido, igual puede decirse de los compañeros de equipo. Desde que Cruyff se ha incorporado al equipo del Barça, cada jugador azulgrana se ha embolsado 700.000 pesetas largas en concepto de primas por partido ganado y por mantener el liderato. Son gestos que no se olvidan. Además, desde que Cruyff se ha incorporado al Barcelona, se habla del equipo catalán en el mundo entero y ha subido automáticamente la cotización de los Rexach, Marcial, Gallego, Juan Carlos, Asensi, etc. Un día, Pelé declara: «Cruyff es mi sucesor». Otro día, el director de la Orquesta Sinfónica de Filadelfia comenta, a propósito de un solista: «Es el Cruyff del violoncello». Finalmente, un miembro de la oposición a su Real Majestad la Reina Juliana comenta en un diario holandés: «Necesitaríamos un primer ministro con la capacidad de anticipación de Cruyff».

La veneración por Cruyff alcanza incluso al ama de casa antifutbolera de Cataluña. Ha bastado que el jugador dijera que su próximo hijo se llamará Nuria, si es niña, o Jordi, si es niño, para que las piedras de la plaza de Sant Jaume se pusieran a temblar de emoción romántica. Cruyff no se pierde una: aprende castellano a marchas forzadas, pero tampoco descuida el aprendizaje del catalán. Ya sabe un puñadito de esos definitivos «tacos» catalanes.

EL RESTO DE LAS TIERRAS Y LOS HOMBRES DE ESPAÑA

Y Cruyff cae bien hasta en Bilbao, donde negaron el pan y la sal a los Kubala y Di Stéfano. Telmo Zarraonaindia fue a la estación de ferrocarril para conocer a Cruyff en un transbordo del desplazamiento del equipo azulgrana a Santander.

—Eres un fenómeno, chaval.

Cruyff no se dejó sorprender, y declaró a los periodistas:

—Zarra es muy simpático. Y ya me he enterado que fue un extraordinario jugador.

Cruyff es muy capaz de felicitar al portero al que él y sus compañeros acaban de golear. Creo que es un milagro de «imagen» que sólo estaría en condiciones de explicar suficientemente un especialista en lenguaje publicitario. Es un ídolo humilde, desarmante, que en un país de señalones se ha hecho perdonar ganancias anuales de 20 a 30 millones de pesetas sumando ingresos futbolísticos, deportivos y periodísticos. En efecto: ingresos periodísticos. Cruyff expresa su filosofía deportiva en un diario de Amsterdam y en el *Mundo Deportivo*, de Barcelona, con unas minutas que suman los ingresos de todos los periodistas de la Federación de Asociaciones de la Prensa, porque sus artículos son costeados por marcas comerciales.

Si Cruyff es una excepción en la relación con los públicos y con sus compañeros, también lo es en la relación con sus antagonistas. En cuanto comienza el juego, se pone en marcha la «psicosis Cruyff», y el equipo rival no se sacará el complejo de encima durante los noventa minutos. Basta la proximidad de Cruyff para que un defensa ceda precipitadamente córner o despeje a lo loco, como si el balón fuera un instrumento de tortura. Incluso cuando van a «por el hombre» lo hacen envaradamente, y se producen escenas tragicómicas. Por ejemplo: dos defensas del mismo equipo van «a por Cruyff»; el holandés salta como si se tratara de batir el récord mundial de pértiga, los dos defensas se encuentran, se lesionan mutuamente y quedan con el trasero sobre el césped, mirándose perplejos.

Por una parte, hay ganas de lesionar al holandés durante varios domingos, pero, por otra parte, cualquier presidente de club es consciente de que basta la presencia de Cruyff en las filas del Barcelona para que los taquillajes se dupliquen o tripliquen. La prensa deportiva de toda España especula sobre si Cruyff se emplea a fondo o no, incluso se habla de que

tiene las piernas aseguradas en 70 millones de pesetas, o que juega a medio gas porque no quiere que le lesionen y así poder jugar al frente del equipo nacional holandés en los próximos Campeonatos del Mundo. Estos comentarios irritan a la prensa especializada de la Ciudad Condal, y sale en defensa del honor de Cruyff como si fuera el honor de *Marieta de l'ull viu*, la moza que bajaba de la Font del Gat en compañía de un soldado.

Cruyff es un hombre que domina las artes del toreo a media distancia. Por ejemplo, ha declarado que no está de acuerdo con los «provos» (jóvenes anarquizantes holandeses), pero que les comprende. En el mes de diciembre envió una foto dedicada a los detenidos políticos catalanes de la cárcel Modelo simplemente porque alguien le dijo que entre ellos había muchos barcelonistas. Según parece, la foto causó más expectación que el último indulto. No niega que le gusta el dinero, ni hace el menor esfuerzo para disimularlo, pero es un dinero que «... obtengo con mi trabajo, sin beneficiarme del trabajo de los demás».

En fin, este muchacho es un desafío viviente para la capacidad de análisis de los científicos sociales y de los expertos en publicidad y relaciones públicas. Uno de los adjetivos que la gente le dedica es el de «jardinero». Cuando Cruyff comprueba que, como consecuencia de una jugada, los tacos de algunas botas han arrancado un mechón de césped, se agacha, coge el mechón, busca el cráter y vuelve a colocar allí el pegote de hierba. Está en todo.

INSTINTO DE CONSERVACIÓN

Según los expertos, una de las claves del juego de Cruyff es su «velocidad de arrancada». «Tiene la velocidad de salida de un *sprinter* de primera categoría.» Otra de las claves sería su fabuloso instinto de conservación. Huele la patada, venga de donde venga, y entonces da un salto asombroso que sitúa su cintura por encima de la cabeza del agresor. Los fotógrafos buscan esa instantánea en la que un Cruyff «volador» parece caminar sobre las cabezas de dos o tres defensas que han acudido al unísono para atajar su internada.

Un periodista holandés dijo de él: «Como futbolista es el mejor del mundo. Como persona es absolutamente encantador. Como hombre de negocios ocupa el segundo lugar del mundo. Y tiene la suerte de que el primer lugar lo ocupe su *manager* y suegro».